La escritora argentina Betina Lilián Prenz, residente en Trieste, hija del novelista y poeta Juan Octavio Prenz, es una de las tres ganadoras del premio de cuentos "Lengua madre" que se entrega todos los años en el Salón del Libro de Turín. Concursan tan sólo las autoras extranjeras que viven en Italia. Deben escribir en el lenguaje adoptivo un relato en el que narran su experiencia de inmigrantes. Las otras premiadas fueron la serbia Dragana Nikolik y la somalí Sumalia Shek Yussuf Abdirashid.

El cuento de Betina L. Prenz tiene como título "Viavai". Empieza en 1929 en el puerto de Trieste cuando la abuela de la narradora emigra, en plena juventud, a la Argentina; sigue, en 1975, con la emigración del padre de Betina desde el puerto de Buenos Aires a Italia. A esas dos partidas, se agregan muchos años después los comentarios del marido y del hijo de la narradora acerca de una posible emigración, la de toda esa nueva familia, de Italia a ¿Alemania? Entre esas idas y vueltas, el padre de Betina se pregunta: ¿por qué pensar al ser humano como un ser que tiene raíces y no como un ser que tiene alas?

Fecha patria y literaria

Una conocida librería fue el ámbito ideal para recordar viejos domingos con lecturas de escritores: un clásico ruso, sinónimo de consagración

Hugo Beccacece | LA NACION

Mediados del 25 de mayo. Fiesta patriótica y fiesta cultural. Como todos los años, Natu Poblet reunió a sus amigos y lectores-clientes para celebrar el aniversario de la librería Clásica y Moderna, convertida desde hace mucho en bar, restaurante, galería de arte y, como siempre, lugar de encuentro de los escritores argentinos. El domingo pasado, hubo una novedad. Natu recibía a sus invitados sentada en una silla de ruedas de color rojo. ¿Qué había pasado? Había cometido la imprudencia fatal que todos cometemos alguna vez: intentó cruzar la calle pasando entre dos automóviles estacionados. No reparó en que un tercer coche intentaba estacionar... Resultado: un mes de reposo. ¿Reposo? La silla parecía que tenía alas, no ruedas. Alrededor de ella, especie de abeja reina, revoloteaban Liliana Hecker, Osvaldo Quiroga, Daniel Muchnik, Claudia Sánchez, Alejandra Laurencich, Gabriel Cabezón Cámara, Selva Almada, Alberto Favero, Matías Alonso, el colonial de España, Pablo Barrios Almanor, y el director del CCEBA, Juan Duarte. David Delgado y Salvador Biedma. Como correspondía a la fecha, la concurrencia, vasca en masse, cantó el Himno Nacional.

En una de las mesas, Martín Wilfich, rebosante de salud, pero flamante cadáver con que comienza la película Muerte en Buenos Aires, de Natalia Meta, recordaba anécdotas de Julieta Bullrich de Saint, prima de Victoria y Silvina Ocampo, que le regaló libros dedicados por Jean Cocteau, para agradecerle que la paseara por el Buenos Aires de la gente joven. Ella quería "modernizarse".

Hubo alguien que contó cómo durante una noche de domingo, cuando la librería aún no se había transformado en complejo cultural y, por lo tanto, estaba cerrada al público, el novelista José Donoso leyó una novela inédita a un pequeño círculo de amigos, entre las cortinas cargadas de clásicos y best sellers. También allí, Alicia Steinberg leyó ¡ninguna Amanda!, la novela erótica que ganó el premio La Nueva Narrativa, de la editorial Tusquets. Con una severa expresión de institutriz victoriana en la cara y una voz neutra como la de quien informa los resultados de un análisis de sangre por teléfono, Alicia leía pasajes en los que los genitales no se decían para no herir la sensibilidad tierna del lugareño rebaño.

¿Cuántos amores, odios, esperanzas, chismes, elogios y críticas lapidarias cobijaron esas paredes?

Durante mucho tiempo, Ana María Campoy interpretó en un programa cómico a una actriz fracasada, el tipo de actriz que se consideraba "intelectual y comprometida", que tenía una pregunta clave para establecer el rango de cualquier otra actriz: "¿Hizo Chejov?", decía con altivez. Si la otra no lo había hecho, no existía. El dramaturgo ruso, mucho más que Shakespeare, era el que consagraba a una intérprete. Esa crítica el interés de quienes asistieron al preestreno de *El jardín de cerezos*, de Chejov, en el Teatro San Martín. En esta ocasión, el elenco está integrado por Cristina Banegas en el papel de Liuba, Mariano Alarcón como Gaiev y Alejandro Viola como Lopajin. La dirección es de Helena Tritek.

La escenografía, el vestuario y las proyecciones de Eugenio Zanetti crean muy bien el clima de la época. El vestido y el tapado con que Liuba (Banegas) entra en escena recuerdan las imágenes de los retratistas rusos del siglo XIX (que eran casi desconocidos en Occidente hasta hace cuatro décadas). La galería Tretiakov, de Moscú, abunda en ese tipo de mujeres de la aristocracia y de la alta burguesía pintadas por artistas como Valentín Serov o Ilya Repin. Más allá de que ese conjunto sea adecuado o no para el montaje del clásico, para la situación, pertenece a esa época. En sobre todo, el vestido para una gran entrada. Al fondo de la escena, hay un sendero, a la vera de un bosque, por donde los personajes dejan la casa. [illegible] recortadas contra los árboles, [illegible] el tesoro de imágenes [illegible] cuadros y bocetos, pe[illegible] que se ocupan [illegible] desde Renoir hasta [illegible] compañía). ¿Por q[illegible] do sus vestidos, al [illegible]

Como una abeja reina, presidió un encuentro dominical para celebrar con escritores el último 25 de Mayo.

NATU POBLET
LIBRERA

Su flamante puesta de Chejov recrea el tesoro de imágenes de pintores y cineastas que se ocuparon de la época.

EUGENIO ZANETTI
ESCENÓGRAFO Y VESTUARISTA

presupuesto, seguramente.) Una mujer como Liuba, interpretada por Banegas, se cambia más a menudo, sobre todo si cae en la ruina.

Una de las numerosas actrices que encarnaron a Liuba fue Delia Gallo en 1966, bajo la dirección de Jorge Petraglia. Tenía 47 años: la edad ideal para el personaje. Delia era de una belleza, una gracia y una distinción notables. La madurez la había perfeccionado. Ella cultivaba muy bien esos dotes. Sabía reír de maravillas. En la escena, lo hacía de perfil, sentada. Arqueaba el torso hacia delante, echaba la cabeza hacia atrás para que se admirara el diseño de su cuello y todo el cuerpo se convertía en una curva consecuente como la del humo de un cigarrillo. Se reía como las divas europeas que actuaban en el cine de Hollywood. Con premeditación y levedad. Esa "naturalidad" había sido practicada en ensayos y cócteles hasta ser espontánea. Una epifanía que duraba apenas dos segundos ante el público.

La escritora argentina Betina Lilián Prenz, residente en Trieste, hija del novelista y poeta Juan Octavio Prenz, es una de las tres ganadoras del premio de cuentos "Lengua madre" que se entrega todos los años en el Salón del Libro de Turín. Concursan tan sólo las autoras extranjeras que viven en Italia. Deben escribir en el lenguaje adoptivo un relato en el que narran su experiencia de inmigrantes. Las otras premiadas fueron la serbia Dragana Nikolik y la somalí Sumalia Shek Yussuf Abdirashid.

El cuento de Betina L. Prenz tiene como título "Viavai". Empieza en 1929 en el puerto de Trieste cuando la abuela de la narradora emigra, en plena juventud, a la Argentina; sigue, en 1975, con la emigración del padre de Betina desde el puerto de Buenos Aires a Italia. A esas dos partidas, se agregan muchos años después los comentarios del marido y del hijo de la narradora acerca de una posible emigración, la de toda esa nueva familia, de Italia a ¿Alemania? Entre esas idas y vueltas, el padre de Betina se pregunta: ¿por qué pensar al ser humano como un ser que tiene raíces y no como un ser que tiene alas?